

EL DERECHO A SER FELICES

Ahora que ya han comenzado las campañas publicitarias para despertar el interés consumidor de los menores ante las próximas fiestas, celebramos el día 20 de noviembre, el décimo noveno aniversario de la aprobación por la Asamblea General de Naciones Unidas de la Convención de los Derechos del Niño. Toda una reflexión para un mundo lleno de incertidumbres y zozobras. Niños, como la parte más frágil y vulnerable de nuestra sociedad que tienen derecho a ser protegidos, del hambre, las epidemias y el analfabetismo, como señalan los objetivos del milenio de Naciones Unidas para el 2015, referidos a ese tercer y cuarto mundo.

Y más cerca de nosotros, niños en las encrucijadas del fracaso escolar y del acoso entre compañeros; niños “llave”, que la llevan colgada del cuello para llegar cada día a una casa desierta de progenitores y cariño. Niños ayunos del contacto de padres ocupados y del roce de abuelos lejanos. Niños víctimas de desencuentros y manipulaciones en las crisis matrimoniales, que son utilizados como moneda de cambio o de chantaje emocional en tantos casos. Niños como sujetos de consumo previstos por el sistema de mercado que están prontos a colmar alguna cuenta de resultados. Niños volubles que viven aturdidos entre valores dispares de una sociedad contradictoria. Niños rumanos gitanos acunados en los brazos de unas madres que piden por nuestras calles pese al frío, la lluvia o el calor. Niños atormentados por una vida exigente y competitiva en la que hay que saber idiomas, practicar deportes, aprender instrumentos, dominar la informática y sacar buenas notas. Niños autómatas que sólo juegan con máquinas de última generación que emplean la destrucción como objetivo de inocente apariencia.

Niños que, al parecer lo tienen todo, pero que frente a nuestra imagen y semejanza, reclaman el derecho a ser felices, a mostrarse como son, a expresarse a su manera, a tomar otras medidas del tiempo, y a priorizar según los dictados de su inocencia y de su corazón. Niños que necesitan de protección, de espacios pero también de límites; de bienes materiales, pero sobre todo de un cariño y una ternura permanentes. Niños que exigen referentes de bondad y honestidad, que son el principio de un mundo nuevo, la esperanza verdadera y el sentido de un esfuerzo colectivo que merece la pena.

Francisco García-Calabrés Cobo